

encíclica sobre el celibato

primera nota

IGNACIO PEREZ DEL VISO, S. J. •

(I)

CON fecha 24 de junio publicó el Papa su Encíclica sobre el celibato sacerdotal. Para algunos, habría dado un paso atrás, deteniendo el espíritu de reforma del Concilio. Para otros, en cambio, ha puesto término, felizmente, a discusiones que degeneraban en escándalo. Pero ambas parten del supuesto erróneo de que se ha limitado a repetir lo tradicional. De ahí que muchos ni se tomen la molestia de leer la Encíclica.

Notemos, ante todo, que este documento aparece, en la misma semana, junto con otro sobre el Diaconado. El Concilio

había restablecido el Diaconado como grado o estado permanente —no como paso previo al sacerdocio— admitiendo que hombres casados pudieran ser ordenados diáconos. Esta medida sólo fue aprobada plenamente cuando se comprendió que la existencia de diáconos casados no afectaba al significado y a la disciplina del celibato sacerdotal. Y al acompañar ahora las normas sobre el Diaconado permanente con una Encíclica sobre el celibato sacerdotal, prolonga el Papa la intención del Concilio. El celibato de los sacerdotes debe ser estudiado en sí mismo, sin interferencia del hecho de los diáconos casados.

Algunos Padres del Concilio habían intentado discutir públicamente el tema del celibato sacerdotal. El Papa, juzgando que ello podría prestarse a malentendidos, prefirió que los Padres le hicieran llegar en privado sus opiniones, para someterlas a estudio. Así leemos en la Encíclica: *"Hemos examinado en la Presencia de Dios, los pareceres y las instancias que nos han llegado de todas partes, ante todo de varios Pastores de la Iglesia de Dios"* (nº 2). El objetivo, por tanto, de la Encíclica, no es evitar una discusión sino reasumirla en un documento que refleje el sentir de los fieles y de sus Pastores. Busca integrar las tendencias, no siempre coincidentes, sin pretender anular el valor de cada una de ellas.

El Papa mismo no ha permanecido insensible a la problemática en torno al celibato: *"La gran cuestión relativa al sagrado celibato del clero en la Iglesia se ha presentado durante mucho tiempo a Nuestro espíritu en toda su amplitud y en toda su gravedad. ... ¿No será ya llegado el momento de abolir el vínculo que en la Iglesia une el Sacerdocio con el celibato?"* (nº 3).

La Encíclica no es la simple consecuencia de una actitud preconcebida: *"Un tema tan importante y tan complejo nos obliga, en virtud de Nuestro servicio apostólico, a considerar lealmente la realidad y los problemas que implica..."* (nº 4). Con la misma lealtad defiende a quienes han investigado el tema en los planos *"doctrinal, histórico, sociológico, psicológico y pastoral, por lo general con intenciones fundamentalmente rectas, aunque a veces las palabras puedan haberlas traicionado"* (nº 5). Esta observación sepulta el mito de que el replanteamiento del problema por un

sacerdote viene a ser el presagio de una vocación que se derrumba.

La Encíclica constituye un verdadero replanteamiento del problema y no la mera repetición de una disposición canónica. Al admitir el Papa la importancia de las objeciones, insinúa implícitamente que este asunto, como tantos otros fundamentales en la Iglesia, debe ser reexaminado en cada época teniendo en cuenta las situaciones humanas.

OBJECIONES A LA LEY DEL CELIBATO

"Miremos honradamente —dice el Papa— las principales objeciones contra la ley del celibato" (nº 5):

1) El Nuevo Testamento no exige el celibato de los sagrados ministros; más bien lo propone como obediencia libre a una especial vocación. Jesús mismo no puso esta condición previa en la elección de los Doce, como tampoco la pusieron los Apóstoles para los que ponían al frente de las primeras comunidades.

2) Los Santos Padres recomiendan al clero, muchas veces, más que el celibato, la abstinencia del uso del matrimonio, con razones que parecen inspiradas en un excesivo pesimismo sobre la condición humana de la carne, o en una particular concepción de la pureza necesaria para el contacto con las cosas sagradas (nº 6).

3) Muchos se preguntan si es justo alejar del sacerdocio a los que tendrían vocación ministerial sin tener la del celibato (nº 7).

4) Mantener el celibato traería un daño gravísimo donde la escasez del clero provoca situaciones dramáticas, obstaculizando la plena realización del plan divino de la salvación (nº 8).

5) Se evitarían defecciones que hieren y llenan de dolor a toda la Iglesia (nº 9).

6) Se permitiría a los ministros de Cristo dar un testimonio más completo de vida cristiana, incluso en el campo de la familia (nº 9).

7) A muchos sacerdotes les falta calor humano; se ven forzados a una soledad que es fuente de amargura y desaliento (nº 10).

8) El grado de autodecisión del joven seminarista y su madurez sico-física son insuficientes y desproporcionados respecto al peso del celibato y a la duración del compromiso (nº 11).

Estas y otras objeciones podrían hacer creer que la situación sacerdotal es actualmente calamitosa. Para evitar tal impresión, recuerda el Papa que *"hay todavía hoy, en todas partes del mundo, innumerables ministros sagrados que viven de modo intachable el celibato voluntario y consagrado. ... Nos no podemos silenciar nuestra admiración"* (nº 13).

Reconoce el Papa que *"el carisma de la vocación sacerdotal es distinto del carisma que induce a la elección del celibato"*. Sin embargo, *"toca a la autoridad de la Iglesia determinar, según los tiempos y lugares, cuáles deben ser en concreto los hombres y cuáles sus requisitos... para el servicio de la Iglesia"* (nº 15). Y el Papa, como Pastor supremo, recogiendo el parecer de la mayoría de los Obispos, juzga que el celibato, también hoy, debe estar unido al ministerio eclesiástico (nº 14). Pero no lo ve como una necesidad sino como una *"múltiple conveniencia"* (nº 18), por su significado en relación a Cristo, a la Iglesia y al hombre resucitado después de la Historia.

CRISTO, SACERDOTE CELIBE

El matrimonio, ciertamente, continúa la obra de la primera creación, y, elevado a la dignidad de sacramento, es signo misterioso de la unión de Cristo con su Iglesia. Pero el mismo Cristo ha abierto un camino nuevo que *"manifiesta de modo más claro y completo la realidad, profundamente innovadora, del Nuevo Testamento"* (nº 20). Observemos de paso que el Papa, al valorar el celibato, no deja al matrimonio *"en inferioridad de condiciones"*. Se trata, más bien, en el caso del celibato, de un camino nuevo que, precisamente por su novedad y originalidad, ofrece un testimonio más directamente significativo de la novedad cristiana.

En Cristo descubrimos el sacerdocio y el celibato profundamente unidos. Los que participamos de su sacerdocio, por tanto, no podemos dejar de reflejar, de algún modo, su celibato (nº 21). Es cierto que Jesús no impuso el celibato a sus primeros ministros, pero no dejó de exhortarlos a abandonar todo por el Reino de los Cielos (nº 22). Esta renuncia sólo puede estar motivada por un amor total y exclusivo a Cristo (nº 24).

Al término de estas consideraciones nos invita el Papa al estudio para profundizar la relación entre el sacerdocio cristiano y el sacerdocio virginal de Cristo (nº 25). En esa línea, podríamos plantear esta pregunta: si participar del sacerdocio de Cristo significa participar de su sacerdocio virginal, ¿por qué afirmamos esto de los presbíteros solamente, y no también de todos los fieles quienes, por su bautismo, participan del único y eterno sacerdocio de Cristo?

Propiamente —responderíamos— es la Iglesia, comunidad sacerdotal, la que participa del sacerdocio virginal de Cristo, misterio que se manifiesta en sus ministros a través de estructuras diferentes según los tiempos (Iglesia de los primeros siglos, Iglesia actual) y lugares (Oriente, Occidente). Y todos los creyentes participan, por su bautismo, del único sacerdocio virginal cristiano. A ellos, casados

o célibes, se dirigen igualmente los llamados “consejos evangélicos”, resumidos en la invitación de Jesús: *“El que quiera ser mi discípulo, tome su cruz y sígame”*. La redención por el amor hasta el sacrificio completo es el auténtico signo de la virginidad de Jesús en su misión sacerdotal. La virginidad bio-síquica de Jesús es un signo del amor total por sus hermanos en la historia. ♦